

Un tipo de Saboyano.

Lo que la señorita Amada había dicho al patron del Tisserand, con el fin de proteger sus intereses, era aun más que lo que pensaba.

Los siete sabios de Grecia no hubieran hablado mejor.

Ciertas naturalezas son más inflamables que el petroleo, más explosivas que la melinita.

Los presentimientos de la hija de Germana no carecian de fundamento.

Al pensar que bajo sus pasos cavaban una mina, pensaba bien.

Excitaba, sin quererlo, una violenta y peligrosa pasion.

Los salones de la confeccion, en casa de Ples-sis, estaban situados en el primer piso.

Era la parte más lujosa de aquel suntuoso establecimiento.

Miguel Servoz, el jefe directo de Juana, dirigia aquella seccion.

Ardiente para el trabajo como para los placeres, Servoz, estaba, como decia Venotte, bien informado del personal de la casa.

Nacido en los alrededores de Chamounix, su

padre, un simple picapedrero de escasos recursos, no hubiera podido darle una educacion superior. Pero buenas almas, fijándose en la cara despejada y en la viva imaginacion del joven montañés, le pusieron á estudiar en el seminario de Annecy para que se hiciera sacerdote.

Hasta los diez y siete años todo marchó bien.

El seminarista siguió tranquilamente sus estudios, pero en aquella época su juicio, demasiado largo tiempo comprimido, estalló como una caldera recalentada.

Sus aspiraciones, sus gustos, le inclinaban hacia las mujeres con una violencia de mal augurio.

La vista de una mujer le turbaba hasta el punto de que pensando en ella robaba al estudio las dos terceras partes del tiempo.

Necesitaba buscar el medio de vivir si salia de alli.

El oficio de picapedrero no le gustaba, pero lo principió sin embargo, por necesidad, y hubiera concluido sin duda sus dias con su pobre aldea, si una aventura, en la cual su papel no fué el de un hombre de paz, no le hubiera obligado á abandonar su pais.

Riñó por una pequeñez con otro saboyano.

Es preciso decir que él abrigaba una antigua animosidad contra su compañero, por causa de una muchacha que le causaba palpitaciones de corazon, y que no le concedia la preferencia.

En aquel pais las disputas no hacen más que divertir á las gentes.

Nadie las dá importancia y la autoridad rara vez toma parte en ellas aun cuando resulte algun muerto.

Servoz recibió una cuchillada en un brazo, pero la devolvió con usura.

El otro recibió una puñalada entre dos costillas, y cayó como una masa inerte.

El exseminarista, lleno de miedo, salió de alli lo antes que pudo y se refugió en París.

Pero el lance no tuvo consecuencias para él.

El herido, que por suerte tenía la vida muy dura de pelar, escapó al peligro contra todo lo que se esperaba, y curó.

Aquella lucha de salvajes había pasado doce años antes.

Ahora era imposible reconocer al picapedrero de Chamounix bajo la levita del jefe de la seccion de confecciones del Tisserand.

Pero si el traje había cambiado, el temperamento era siempre el mismo.

La sangre de Servoz era tan violenta, tan fogosa como antes, con esa hipocresía de formas que dá la atmósfera más privilegiada en que vivía.

Muy inteligente, había sabido conquistarse una posición inespugnable al lado del patron-había sido Plessis padre quien lo había puesto donde estaba, apreciando sus cualidades.

Se hubieran precisado monstruosos acontecimientos para que el hijo, que descansaba en Servoz como un general en jefe descansa en sus subalternos, se decidiese á privarse de sus servicios.

Feroz en el fondo, tímido con la mujeres, disfrazaba su timidez con una brutal insolencia.

Desde el primer momento había producido Juana sobre él una extraña impresión.

A la vista de aquella encantadora cabeza y de aquel cuerpo de una frescura primaveral, el antiguo cantero recibió una conmoción eléctrica.

Entrevió las delicias y las voluptuosidades de un mundo desconocido.

Trató desde luego de distraer su pensamiento y de sacudir aquella impresión como un vil polvo.

Por mucho que hizo, la visión volvía sin cesar más provocadora y más tiránica.

Hizo uso de todos los calmantes; con el ímpetu de su ardiente naturaleza, se lanzó á los más enervantes placeres, pero nada consiguió.

Todas las mañanas era el primero que estaba en su puesto; desde allí devoraba con los ojos á

la joven blanca, vestida de negro, cuando subía las escaleras con esa lentitud y ese cansancio de las desgraciadas, estenuadas por la fatiga del trabajo á que no han podido acostumbrarse aún, y el deseo que encendía la sangre de Servoz se hacía cada vez más violento.

No necesita muchas horas un formidable incendio para reducir á cenizas una casa.

Quince días después de la entrada de Juana en los almacenes del Tisserand, Servoz no tenía más que un deseo, el de someterla y hacerla su querida.

Despreciaba demasiado á las mujeres para pensar en el matrimonio y se burlaba mucho de los amigos que aceptaban los deberes de la unión conyugal.

La idea de casarse no se le había ocurrido nunca.

La hija de Germana y de Santiago de Brandes, tenía en el fondo de su alma demasiado orgullo para que no la hiriera desde el primer momento la insolente brutalidad con que su jefe la miraba y el tono con que la trataba, desde el primer día que se había presentado en los almacenes.

Mientras que Servoz se inflamaba por ella, Juana le tomaba aversión y le profesaba en el fondo de su alma un gran odio, ó más bien un gran desprecio, por la rudeza de chalan con que trataba á las pobres jóvenes que tenía á sus órdenes, herida tanto por ella como por las demás.

El alma elevada de Juana comprendía las cosas de muy distinto modo. Estimaba que no es con el látigo como se obtienen mejores servicios, á no ser que se trate con razas decaídas ó nacidas para la esclavitud.

Al día siguiente de la *soirée* del jardín, llegó Juana al almacén dos ó tres minutos antes que de ordinario.

Se encontró sola con Servoz en el obrador.

Aun no eran las ocho.

El tiempo estaba soberbio y el almacén resplandeciente.

El mismo Servoz estaba muy contento, lo cual era contrario á sus costumbres.

Esto llamó la atención de Juana.

Y la sorprendió más cuando se acercó á ella con visible interés y la siguió hasta su puesto, en donde ella se quitó su sombrero y una chaquetilla que llevaba puesta.

Juana estaba en el ángulo de dos filas de armarios, que formaban un especie de gabinete aislado en la inmensidad de las galerías ocupadas por las confecciones.

—¿Y bien, señorita Aubin,—la dijo con voz alterada—os vais acostumbrando á estar con nosotros?

Esta pregunta debía de sorprenderla, tanto más, cuanto que Servoz no la dirigía nunca la palabra más que en el tono más rudo y menos cortés.

Juana respondió con desembarazo:

—Sí, señor... ciertamente... Vos sois muy bueno.

—Yo no soy bueno—la dijo.—La bondad no entra en mis cálculos.

—¿Os calumniais!

—Pero soy susceptible de otros sentimientos...

Y añadió en voz baja:

—¿Sabeis que sois hermosa, señorita Aubin?

—¡Ah!—dijo Juana con el corazón oprimido.

—¡Muy hermosa para la tranquilidad de los demás!

—Pero... Me parece que yo no la turbo.

—¡Error! ¡Vos poneis la casa en revolucion!

—¡Caballero!

—¡No hay nadie que no os encuentre arrebatadora!

—Yo no sé...

—¡Ideall

—¡Oh!

—Un sueño!

Juana guardó su sombrero y su abrigo en un cajón.

Cuando se incorporó, estaba colorada como una amapola.

—Me confundis,—dijo á Servoz, tratando de chancearse.

—Os digo lo que siento.

Se aproximó y añadió:

—¡Menos de lo que pienso! ¡Desde que estais aquí no me conozco ya!

Juana levantó la cabeza y miró á Servoz con sus grandes ojos limpidos, sin proferir una palabra.

Servoz retrocedió un paso; tanto era lo que le turbaba aquella casta mirada llena de reprobaciones.

Pero no tardó en dominarse.

—Veamos—la dijo,—no tenemos tiempo que perder. No es conveniente que nos sorprendan hablando. Acabo de declararoslo todo. No sé lo que teneis de distinto de todas las demás, pero me haceis olvidar mis asuntos. Me trastornais y es mejor que os lo diga en seguida; es preciso que esto concluya.

—¡Ah!—dijo Juana,—¿es preciso?...

—Sí; vos sois inteligente y comprendéis que para trabajar y dirigir los negocios es necesario tener la imaginación libre.

—¿Quereis que me marche?—le preguntó Juana con tono tranquilo.

—No, no.

—¿Entonces?...

—Quiero que hablemos.

—¿Que hablemos?

—Para que sepais á fondo lo que tengo en mi alma, y yo espero que usareis la misma franqueza conmigo. ¿Quereis?

Juana se mordió los labios.

¡Cómo negarse!

—Bien—dijo,—si como vos me haceis comprender es tan importante...

—Indispensable,—dijo Servoz.

Juana respondía con tranquilidad, sin parecer asustada ni sorprendida.

Servoz se sintió orgulloso.

—¡Vamos!—pensó—será más fácil de lo que yo habia creído.

Y añadió muy bajo delante de las señoritas del obrador que acudian á él en tropel.

—¿De modo que consentis?

—Si es una orden...

—No, un deseo.

—Sea.

Servoz la dijo al oído:

—¿Cuándo?

—El día que digais.

—La noche promete estar soberbia hoy.

—Entendido.

—Pues esta noche.

—Si quereis...

—A la salida del almacén.

—¿En qué sitio?

—En la administracion de los ómnibus, cerca de la fuente de San Miguel.

—Bueno.

—¡Sois un ángel!

Juana meneó la cabeza.

—¡Oh! ¡cambiareis tal vez de parecer!—le dijo.—Ya vereis.

—Veremos.

Servoz se alejó.

Aquella conversacion no habia durado más que un instante, pero todo se nota.

El ojo de las mujeres es perspicaz.

—Principian los horrores—dijo en voz baja, una joven alta, colorada, bastante guapa, la señorita Cadot, á una morena ajada, pero elegante y muy bien formada.

La morena se encogió de hombros.

—Tú dirás—la dijo la otra—«Eso estaba escrito».

Servoz estaba extasiado.

Por la primera vez en su vida fué galante con su personal.

Las dependientes se preguntaban á qué obedecía aquel cambio.

En el almuerzo se contó el encuentro de por la mañana.

Servoz pasaba por ser el preferido de la rubia.

Se afirmó esto.

Nadie llamaba á Juana más que «la rubia».

Como sabian que estaba protegida por Venotte, no dejaron de contárselo todo.

La señorita Cadot se encargó de hacerlo.

—¿Sabeis—le dijo—vos, el hombre mejor informado de todo, que hay promesas de matrimonio?...

—¿Entre quienes?

—¿No me vendereis?...

—No tengais miedo.

—Es que me hariais perder mi colocacion, y la quiero, sin que por eso la juzgue buena.

—¡Hablad, pues!

—¡No vigilais lo bastante á vuestra protegida, amigo!

—¡Ah! diablo.

—¡Tratan de sopláros!a!

—¿Quién? ¿el patron?—preguntó Venotte.

—¡Calla! ¡el patron tambien!—dijo la joven.—Bueno es saberlo. Pero no es él. ¡Un poquito más bajo!...

—¿Es Servoz?

—Así parece.

—¿Y ella qué dice?

—¡Dócil como un cordero! ¡No opone resistencia! ¡Pero, despues de todo, preguntadla á ella!... Ya estais prevenido.

Venotte quedó clavado en aquel sitio, mientras que la joven se alejaba, contenta de haber lanzado al inspector sobre la pista del saboyano.

Ella detestaba á los dos.

—Si pudieran devorarse el uno al otro—se decia.

Venotte estaba furioso.

¿Habria proporcionado un asunto más á aquel bergante de saboyano?

No era aquella la primera vez que Servoz marchaba sobre sus pasos y destruía sus planes.

Venotte esperaba sacar partido de su situa-

ción de protector, aprovecharse de la vecindad de sus protegidas de la calle Vizconti, pero más tarde, en el momento oportuno, cuando estuvieran dominadas por ese cansancio, ese aburrimiento, ese disgusto que paraliza y abate á los mayores ánimos.

¡Y Servoz se interponía entre ellos! Se anticipaba é intentaba acaparar el botín para sí solo.

¡Se verían!

El inspector se propuso vigilar, y cuando él se prometía esto, no era fácil engañar su vigilancia.

A pesar de sus astucias, durante el día, en la afluencia de los clientes que llegaban en tropel, no descubrió nada de extraordinario, pero cuando llegó la noche sorprendió una mirada cambiada con disimulo entre Servoz y la bella rubia.

Servoz, que casi nunca salía hasta que todos habían desaparecido, pretestó una urgencia y desapareció antes que tocaran á la salida.

Juana se puso el sombrero sin manifestar impaciencia.

Su hermoso rostro, tan puro, no demostraba la menor turbación.

Descendió á la planta baja con su majestuoso andar, saludó con un movimiento de cabeza al inspector, que estaba cerca de la puerta, y salió; pero en lugar de tomar, según acostumbraba, el boulevard de San German, para subir á la calle de Sena, volvió á la izquierda y tomó el boulevard de San Miguel para llegar á la fuente.

Allí buscó á alguien con la mirada.

Un hombre se destacó de un grupo formado al pié de los omnibus y se dirigió hácia el Pont-au-Change; la bella rubia siguió el mismo camino y se unió á él.

Uno que procuraba ocultarse en la oscuridad para no ser visto por ellos, marchaba detrás, á cincuenta pasos, envuelto en un gaban color marrón.

Este era Venotte.

VII

Decadencia.

En el caserío de Brandes se volvía á la tristeza.

Todo marchaba allí de mal en peor.

La miseria se instalaba como soberana y el desaliento invadía hasta el alma robusta del barón.

Susana hacía vanos esfuerzos para sostenerle.

Todo era decadencia alrededor de él.

El ama de gobierno tenía los cabellos grises y su cara se arrugaba como la corteza de una encina vieja. Sus ojos se hundían en dos cavernas bajo sus espesas cejas, pero siempre vivos, brillaban como los de un gato en el fondo de una cueva.

—Os desolais sin razón, señor—le decía.—La situación no es tan desesperada.

Santiago de Brandes pensaba de otro modo.

Se creía vencido.

La suerte le había desarmado al quitarle su hija. Cuando pensaba en esto, la ira se apoderaba de él.

¡Cuán justo había sido su cálculo! Había juz-

gado bien el corazón de Germana al creer con seguridad que el amor maternal hablaría más alto que los demás sentimientos en el alma de su víctima.

Había pensado que aquel amor victorioso ahogaría hasta su orgullo; que la arrojaría á sus pies; que llegaría un día en que ella le pediría gracia, consintiendo en los más crueles sacrificios; que, por fin, accedería á todo por volver á tener su hija, por verla, por rodearla de sus cuidados y ternuras.

Aquella hora había sonado.

Germana había venido á él. Había descendido hasta á suplicarle. Le había ofrecido una fortuna en cambio del secreto.

Mucho más, él comprendía que un resto de orgullo la impedía ir más allá; que había tenido en los labios el consentimiento que él la impuso; que estaba casi sin fuerzas.

¡Y él no podía nada contra ella!

Le era preciso, en aquel momento decisivo, confesar su impotencia y decir á Germana, á los ojos de la cual quería, á falta de virtud, de honor y de probidad, guardar al menos el prestigio de esa superioridad de inteligencia y de fuerza, esa gloria de los malvados:

—¡He cometido un crimen por poseeros! Lo he cometido, á la vez que por amor hacia vos, por odio á vuestra raza. He jurado que seriais mía y no de otro. He buscado un medio de avasallaros y lo he encontrado. Ese medio era odioso, pero el triunfo lo justifica por cobarde y vil que pudiera ser, al ser inspirado por una gran pasión. ¡Os he robado á vuestra hija! ¡Vos me la reclamais! ¡Pues bien, ya no la tengo! He sido lo bastante estúpido, lo bastante imbécil, para dejar que me la quitaran á mi mismo gentes diferentes, como el soldado que yendo al combate se duerme y se deja robar las armas en el camino. ¡Cuando os amenazaba y os hacía temblar, podía marchar con la cabeza levantada por la seguridad de la audacia y de la fuerza! Ahora no soy más que un enemigo desarmado;

no tengo derecho más que á vuestro odio y á vuestro desprecio! He perdido vuestra vida y la mía; no me queda más que la vergüenza del mal que he causado sin provecho alguno.

Desde la mañana hasta la noche andaba errante por su posesión, en la cual no quedaba ya ni un árbol en pie.

La posesión estaba saqueada como un prado seco por donde ha pasado el fuego.

Santiago había hecho dinero de todo.

Sus viajes, por económicos que fuesen, le costaban dinero, aquel dinero cuyos últimos restos agotaban la educación de su sobrino y su estancia en París.

Las rentas de la Honguette estaban consumidas con exceso por los intereses que debía á Bechard, y para colmo de miseria, el tío Rondin, su amigo, y los otros colonos, estaban tan pobres que no se atrevía á pedirles las rentas.

No conservaba más que un criado y á Susana y no les pagaba el salario.

Seguían con él por una antigua afección y por ese lazo tan fuerte, el de la costumbre, que les encadenaba, como el riquísimo señor Plesis lo estaba á la señorita Amada, cuyos encantos no debían tardar en caer en la misma decadencia de la casa de Brandes.

Después del encuentro del Pasaje de los Príncipes, Santiago había tenido un momento de esperanza.

Sabía al menos un detalle precioso.

¡La hija de Germana vivía!

Estaba seguro de ello.

En lugar de abandonar á París, Santiago había estado allí quince días, recorriéndolo de un extremo al otro, tratando de encontrar las huellas del *gentleman* y sus acólitos del restaurant.

La cara del Brasileño era de esas que se graban fácilmente en la memoria.

Sus ojos negros, su color bronceado, estaban impresos en la imaginación del barón, como lo está una cara en una placa fotográfica.

Pero todos sus esfuerzos fueron vanos. En ninguna parte lo encontró. Nadie le conocía y no pudieron darle el menor indicio de su existencia.

Cansado de lucha, Santiago había vuelto á encerrarse en Brandes, abatido, asaltado por ideas de suicidio y decidido á renunciar á todo.

A la misma hora en que Servoz, abordando á Juana en el almacén, la pedía una cita, estaba el baron sentado en la cocina delante de la inmensa chimenea, en la cual se consumían con lentitud dos troncos.

Con los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, los dedos entre su espesa y roja cabellera, en la cual no se veía un pelo blanco, meditaba.

Susana iba y venía preparando un almuerzo de legumbres, mientras que el sol reía alegremente en el exterior de la casa sobre los débiles céspedes.

Y de cuando en cuando Susana decía á Santiago.

—No teneis más valor que una muchacha. ¡No erais así antes!

—Santiago, que no quiso contestar en un principio, se incomodó por fin.

—Callate—la dijo.—Todo ha concluido. ¡No me resta ni aun para arreglar esta vieja casucha que hasta ahora ha ido tirando! Está como yo. ¡Se derrumbal El tejado hace aguas por diez sitios. Las paredes se agrietan. ¡Y lo que es peor aun, dentro de un mes ya no sé á quien volver la cabeza para enviar dinero á Andrés!

—Ahí teneis á Bechard.

—¡Oh! ¡está ya cansado! y á decir verdad, no me atrevo á insistir; le debo ya demasiado.

En aquel momento se oyó en la avenida el ruido de un vehículo.

—En hablando del rey de Roma...—dijo Susana.

—Viene á reclamar su crédito.

—Tal vez.

—Después de todo, algunos días más tempra-

no ó más tarde... puesto que es necesario saltar el foso...

Y dejándose guiar por su carácter hospitalario, olvidando por un momento sus preocupaciones, añadió:

—¿Hay siquiera que almorzar?

Susana estendió los brazos y lanzó un prolongado suspiro.

—No hay gran cosa.

—¡Ah! ¡diablo!

—Si cogierais la escopeta todavía... ¡pero ni aun corazón teneis ya para eso!

—La caza está vedada.

—Eso no os preocupaba mucho antes. ¡Aquellos eran buenos tiempos! ¡No se veía uno atado para tratar á las gentes. Había siempre algún conejo colgado del gancho, chochas ó uno ó dos capuchinos.

Para los cazadores furtivos, las liebres son capuchinos, á causa de la capucha que esos cuadrúpedos tienen sobre la cabeza.

El baron sonrió. Aquellos recuerdos le reanimaban.

—Llama á Hilario—dijo,— para que coja el jaco de Bechard y mándale á casa de Rondin, que este tendrá algún pato que darnos. Y arreglalo lo mejor que puedas.

El enflaquecido jaco de Bechard llegaba, pian, pian, paso tras paso.

Era el mismo de siempre.

Debia tener lo menos veinticinco años y una infinidad de kilómetros en sus jarretes.

También el vehículo era el mismo de siempre.

El carretero lo había rehecho diez veces, pedazo por pedazo.

Bechard era en extremo conservador.

El hombre tampoco había cambiado.

Aquel hocico de garduña gozaba de un privilegio enorme:

No envejecía.

Era el mismo á los sesenta años que á los cuarenta. Es verdad que siempre era feo.

Los cabellos conservaban su color de estopa y continuaban unidos á la aplastada cabeza del usurero.

Pero Bechard prosperaba.

La felicidad le conservaba.

Y en verdad que no se hubiera podido decir que fuese un hombre tan malo.

Saludó amistosamente al baron y le tocó la mano con sus encorvados dedos, mientras que el criado metía el caballo en la cuadra.

—¿Tomareis un bocado con nosotros, señor Bechard?—le dijo el baron.

—Bueno, señor de Brandes; eso no se rehusa nunca.

—Almorzareis mal, os lo prevengo. La cocina no es abundante. No esperábamos á nadie esta mañana. Y además, ya sabeis que estamos muy en decadencia.

—¡Ta, ta, ta, ta!—exclamó el alguacil,—no os desoleis por eso. Esperanza en el porvenir si el presente es algo aflictivo.

—¡El porvenir!—replicó Santiago;—poco espero de él.

—¡Bah! ¿quién sabe? ¿Y el señorito Andrés, que es de él,

—Pronto terminará su carrera como sabeis.

—¡He ahí un mozo que puede esperar mucho! ¡Baron de Fresnayel! ¡Hará una buena boda! ¡Si yo hubiera nacido baron, me hubiera casado con un fuerte dote!

Bechard estaba sentado delante del fuego al lado de su huésped.

Susana, que acababa de entrar, dirigió una mirada á su amo, mirada que quiso decir:

—¡Ya lo veis! ¡Hilario no ha venido aún!

—Y vos, Susana, ¿seguis bien?—preguntó Bechard.

—Sí, señor, muchas gracias, señor Bechard.

—¿Siempre firme?

—Para serviros.

Bechard se encontraba á sus anchas y hablaba familiarmente. Estaba allí como en su casa,

sin molestias, sin cumplimientos. Y realmente era verdad que estaba en su casa.

Estaba en Brandes, más bien en su casa que en la del baron.

La zorra llegaba á lo que se habia propuesto, pero es preciso convenir en que no abusaba de la situacion.

—¿Creeis que seria bueno ajustar cuentas?—preguntó con timidez Santiago de Brandes.

Bechard pareció admirarse mucho.

—¡Ah! mi pobre señor baron,—dijo—¡ajustar cuentas! ¿Y de qué nos serviria eso?

—Es que os debo mucho dinero.

—¡Puesto que no podeis pagármelo!... Sé la cantidad poco más ó menos, y...

—¿No estais intranquilo?

—¡Intranquilo! ¿Quereis bromearos? ¿Me tomáis por un tonto?

Se sonrió afectuosamente y bajando la voz, dijo al baron confidencialmente:

—No vengo á pedir os dinero, vengo á ofrecéroslo.

—¡Más!...

—¿Por qué no?

—¿Seriais tan amable?

—Qué es lo que no haria yo por serviros? Conozco vuestra situacion mejor que vos. Me debeis sesenta y nueve mil ciento veintiseis francos y sesenta céntimos, cuenta ajustada el quince del corriente. ¡Teneis por lo menos doscientos mil francos en bienes! Cuando querrais solventar esas deudas no teneis mas que vender la Honguette. Pero nada urge. Vuestro sobrino hará una buena boda, ¡os lo digo yo! ¡No faltan buenas burguesas que quieran ser baronesas! Y además, el señorito Andrés es un buen mozo.

Los ojillos de Bechard se animaban.

—Yo conozco esas cosas, y además he oido hablar á la gente—añadió.

Sacó de su vieja cartera, sucia y reluciente por el uso, dos billetes de mil francos que en estaban nada limpios, á fuerza de rodar por los

bolsillos de los chalanes, y los puso sobre una de las rodillas del baron.

—He aquí para nuestro señorito—dijo.—Es preciso no dejar que ayune. Conozco su posición. Unicamente me hareis el favor de un recibo para cubrir las formalidades. Puede uno morir...

Santiago de Brandes se conmovió.

—¡Teneis razon!—le dijo.—Sois un buen hombre. Necesitaba dinero; pero no me hubiera atrevido á pedirlo.

—¡Me causais pena!—dijo Bechard.—Mucha pena. Aceptándolos me prestais un servicio. Los he recibido esta mañana. No quiero que duerman. Ganarán su rédito. Trabajan por su amo.

Bechard se habia puesto muy alegre.

—¡Es que os desanimais!—repuso Bechard.—No lo creo.

—Nada me sale bien.

—Ya llegará el momento.

Bechard le tocó en la rodilla.

—¿No está ahí la señorita de los Essarts?

—Sí.

—Dicen que ha vuelto á París.

—Es verdad.

—¿No intentais nada por ese lado?

—No hay nada que esperar.

Santiago se levantó para cortar las enojosas preguntas de Bechard.

Rondin entró con el pato que le habian pedido.

—¿Almorzareis con nosotros?—dijo el baron á su colono.

Este hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Nunca rehusaba.

Y dirigiéndose á Bechard:

—Vamos á dar una vuelta mientras que Susana pone la mesa,—dijo el baron.

Aparentemente, el usurero habia dado ánimos á su deudor, porque el almuerzo fué alegre y abundante.

En el campo, cuando uno se sabe arreglar, se encuentra siempre alguna vitualla.

Los huevos no escasean; la leche suministra manteca; la huerta las legumbres.

El tio Rondin habia traído el asado.

Todo estaba completo.

Cuando Bechard volvió á montar en su báscula, el baron estrechó sus delgadas manos con más cordialidad que de ordinario.

Le consideraba una Providencia; pero aun cuando el usurero bajaba sus pretensiones, con aquel importante deudor, era una Providencia al diez por ciento.

—No os acobardeis—le dijo Bechard.—Todo se arreglará, ya vereis, con tal de que el pequeño sea razonable. ¡Se le encontrará una novia rica! Y en el otro asunto no se ha dicho aun la última palabra. ¡Aquel es el premio gordol!

El otro asunto era la señorita de Roye.

Cuando dejó de oirse el ruido que producía el vehículo de Bechard, el baron, que le habia acompañado hasta cierta distancia, se volvió á su casa.

—Ya veis, señor baron—le dijo Susana—que no debeis desanimaros. ¡Tiene razon Bechard! ¡Una buena boda y se tapan las brechas y tendremos aún buenos dias en Brandes!

Entró el cartero.

—Una carta para vos, señor baron.

—Trae áca.

Era del interno.

Decididamente la mañana era buena.

Santiago adoraba á su sobrino. Sus cartas hacian latir siempre con delicia el corazón del tio.

Ellas acariciaban su parte sana, las fibras que no estaban gangrenadas.

—Dad de almorzar á Louvet, ordenó el baron á Susana.

El cartero se llamaba Louvet. El pobre diablo tenia que recorrer seis leguan todas las mañanas antes de almorzar. Devoraba de buena

gana una libra de pan con un plato de comida al fin del viaje.

Santiago de Brandes salió al parque para saborear con libertad su querida carta.

Desde los primeros renglones palideció de despecho.

¡Todo se volvía contra él!

¡Hasta Andrés, su última esperanza!

Hé aquí lo que le escribía:

«Mi querido tío:

»Vas á refirme, pero tanto peor! No quiero tener secretos para ti.

»¡Estoy enamorado, enamorado como un loco!

»Si vieras á la que amo, lo aprobarías. Léjos de ella no puedes comprenderlo.

»Es más pobre que nosotros.

»Todo lo que puedo decirte es que es admirablemente hermosa, que la adoro.

»¡Antes la miseria que todos los tesoros del mundo sin ella!

»La pobre muchacha no sabe nada. Ni aun le he dirigido la palabra. La amo de lejos, pero creo que me sería imposible olvidarla.

»Ya ves que nuestra novela no está muy avanzada.

»Todo va bien por otra parte. ¡Trabajo sin descanso porque siento que tendré dos seres muy queridos á quienes enriquecer y sobre todo á quienes hacer felices! ¡Se necesitan millones para esto?

»No me envíes dinero. ¡Necesito tan poco ahora, que tengo la mesa y demás gastos cubiertos en el Hospital! Me pasaré sin él todo el tiempo que quieras.

»¡Ánimol! El porvenir nos sonrie. ¡Ya lo verás!

»Te abraza tiernamente

»Tu hijo

ANDRÉS.»

Santiago de Brandes quedó lleno de estupor. Aquello era la destruccion de sus últimos medios de salvacion, la ruina irremediable que caía sobre él y sobre su casa.

En su inesperienza, en su entusiasmo, ignorante de la vida, aquel hijo para quien soñaba destinos mejores que el suyo, se perdía engañándose con vanas ilusiones.

La fortuna por el trabajo, ¡qué ilusion!

¡Para un triunfo cuántas angustias!

Irritado, abatido, entró el baron en su casa con el rostro tan sombrío, que Susana se alarmó.

—¿Qué sucede?—le preguntó.

Santiago contestó con sequedad:

—Nada.

Se encerró en su habitacion y escribió la siguiente carta:

«Mi querido hijo:

»Estoy consternado.

»No hagas nada antes de tener una conferencia conmigo.

»Tu porvenir y el mio dependen de una resolucion que puede ser imprudente.

»Es preciso que sepas toda la verdad.

»Tu declaracion me obliga á revelártela.

»La miseria es nuestra mayor enemiga.

»Tu padre y tu madre se suicidaron de desesperacion.

»Para arrancarte de la miseria que nos agobia, he intentado los imposibles.

»Tu educacion ha completado mi ruina. Debo tanto como poseo, y lo que me queda no me dá para comer ni pan. Solo una boda podia restablecer nuestros asuntos, quiero decir los tuyos. Ese amor nefasto de que me hablas, es el fin de todo.

»¡Que ofrecerás á una jóven pobre, al asociarla á nuestra miseria! Espera al menos á que estés en estado de ganar lo necesario, que tengas la seguridad de vivir de ese trabajo in-

grato, del cual esperas una fortuna casi siempre sorda á la voz de los que la llaman.

»Me parece que el último rayo de nuestra esperanza acaba de desaparecer.

»Te abraza con profunda tristeza tu tío

SANTIAGO DE BRANDES.»

«P. D. ¡Todo nuestro edificio reposaba sobre tí y tú lo derribas!»

Puso el sobre y bajó a las cuadras.

—Ensilla un caballo, ordenó á su criado.

Montó y se lanzó al trote largo, á través de los bosques, hasta llegar á Rouvres, en donde puso la carta en el correo.

—La recibirá mañana—pensaba.—Tal vez sea demasiado tarde!

Por la primera vez en su vida se sentía completamente enervado, abatido, sin fuerza y sin valor.

Veía á Germana más hermosa que nunca, como se le habia presentado en la habitación del interno, y rechinando los dientes, pensaba:

—¡Ah! ¡si estuvieras aquí y leyeras en mi alma, cómo gozarías!

VIII

El fuego y el hielo.

El muelle de los Agustinos es un sitio que no tiene nada de encantador, sobre todo por la noche.

Casi desierto durante el día, es lúgubre cuando ha oscurecido.

Sus viejos edificios, con fachadas semejantes á las caras de los leprosos, están lejos de producir un efecto poético, y la decoración está mal elegida para hablar de amor.

La del jardín de Fausto, bajo un rayo de luna, nos parece preferible.

Sin embargo, á aquel sitio triste y lúgubre, era adonde llevaba Servoz á su compañera.

Juana sentía el corazón oprimido, tanto por el aspecto de aquella tenebrosa vía, como á la idea de lo que iba á oír.

Servoz, por el contrario, abrigando la idea de un próximo triunfo, del cual no dudaba, gozaba de antemano de la conquista de aquella adorable joven, al rededor de la cual tantas ambiciones se despertaban.

—Os doy gracias por haber venido—la dijo.—